

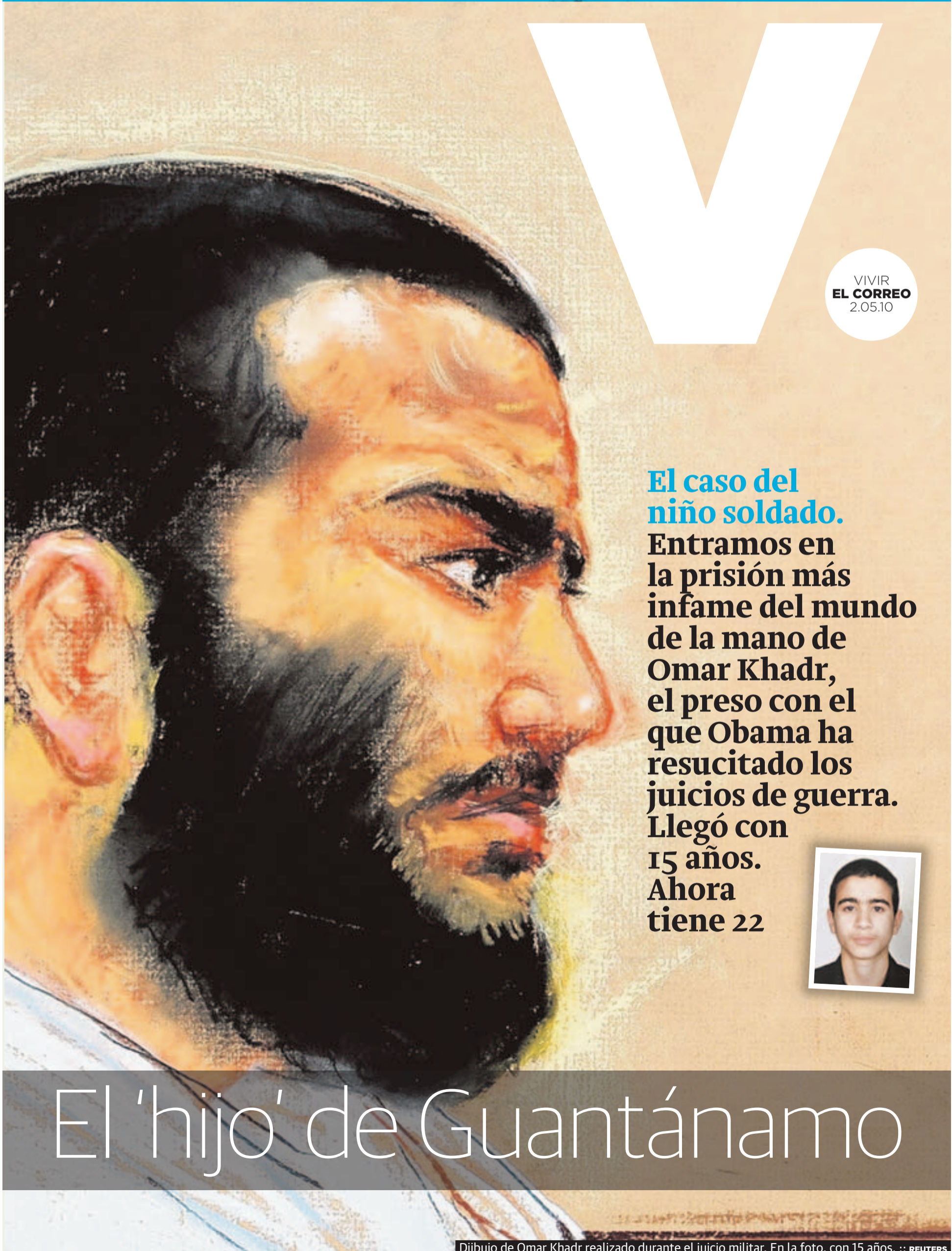
EL HOMBRE QUE
MATÓ A TIROS A DOS
ASALTANTES NOS ABRE
LAS PUERTAS DE SU CASA

P6



RAÚL, UNA ESTRELLA
QUE NO NECESITA
APELLIDOS, PREPARA
SU DESPEDIDA

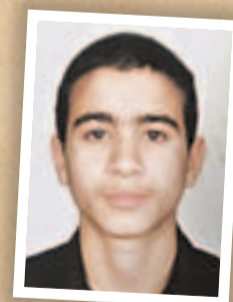
P8



V

VIVIR
EL CORREO
2.05.10

**El caso del
niño soldado.**
Entramos en
la prisión más
infame del mundo
de la mano de
Omar Khadr,
el preso con el
que Obama ha
resucitado los
juicios de guerra.
Llegó con
15 años.
Ahora
tiene 22



El 'hijo' de Guantánamo

La peor cárcel



■ MERCEDES GALLEGO



Dicen que en el ojo del huracán reina la calma. Una calma tétrica e inquietante, como los sonidos tropicales en las noches húmedas y pegajosas de Guantánamo. Los alaridos de las criaturas salvajes asaltan el ronroneo de los generadores que alimentan la base militar más custodiada del planeta, sin que la crueldad que sofoca las alambradas de pinchos traspase las conciencias de sus 6.000 habitantes.

«Tu vida está en mis manos», le dijo uno de los interrogadores a Omar Khadr cuando

le encadenó de pies y manos y le arrancó la silla de golpe. El muchacho canadiense capturado en Afganistán a los 15 años aún tenía frescos dos tiros en la espalda y metralla hasta en los ojos. Cayó al suelo de mala manera y se retorció de dolor por las heridas a medio curar. Su verdugo le agarró la cabeza por el pelo, soltó una carcajada siniestra y le dejó allí tirado durante diez horas en una dolorosa postura que los grilletes no le dejaban enderezar.

Orinarse encima era una degradación más, a la que un soldado llegó a subirle varios nudos: vertió detergente en el suelo y

▲ **Grilletes.** Los presos no se libran de las cadenas ni durante sus clases de inglés, árabe, dibujo o «estilo de vida». ■ MICHELLE SHEPHARD/EFE

le utilizó como fregona humana para limpiar los orines con su estómago.

Era la primavera de 2003. Hacía más de un año que Guantánamo había dejado de ser en el mundo un estribillo de salsa para convertirse en el mayor campo de concentración de Occidente. Han pasado ocho años desde su captura y Omar sigue allí, sin que un juez le haya condenado. En su país ningún menor puede recibir más de seis años de prisión.

A espaldas de la prisión erigida para la guerra contra el terrorismo, los trabajadores de la base se han acostumbrado a escu-

183 presos siguen recluidos sin juicio ni derechos en Guantánamo. Han jubilado las jaulas donde encerraron a los primeros reclusos, y a los más dóciles les dejan ver la tele, salir al patio, elegir menú... encadenados por los tobillos



char Buena Vista Social Club en el comedor militar sin que las atrocidades del penal les atraganten la comida ni el saludo a la bandera. Alternan la cena entre Subway, McDonald, Pizza Hut y Taco Bell servidos por camareros filipinos. Llevan a sus hijos al colegio, chapotean en la playa, van a la iglesia los domingos y ven películas de Hollywood gratis en un cine de verano. Respetan escrupulosamente el límite de velocidad de 40 kilómetros por hora para no atropellar ni a una iguana, penado con 10.000 dólares de multa, pero aplastan sin reticencias cada artículo de la Constitución que di-

cen defender en esa base desde 1902, para enterrar en el olvido a los casi 800 presos que han pasado por su laboratorio de torturas. «Un experimento que salió mal», asumió Barack Obama cuando tomó el poder. El día que firmó la orden ejecutiva que congeló las comisiones militares y prometió cerrar la prisión en un año, los periodistas que cubrían el proceso marcial salieron en pijama de sus tiendas para escribir el capítulo final. Ninguno podía imaginarse que 16 meses después se encontrarían de nuevo en la base de Andrews a la espera de otro vuelo del Pentágono con destino a esa laguna legal que es la Bahía de Guantánamo. Entre ellos se encontraba esta vez la corresponsal de V.

Claudicar frente a la tele

El lunes, mientras esperábamos en la puerta de embarque, Michel Obama subía con elegancia las escalerillas del 'Air Force One'. Estos días todo el mundo parece vivir ajeno a su marido, flamante premio Nobel de la Paz, quien acaba de resucitar las comisiones militares con el primer juicio de guerra que se hace a un menor desde los tribunales de Nuremberg. Los nazis enjuiciados en 1945 regentaban campos de concentración y fueron imputados por crímenes contra la humanidad. Omar está acusado de lanzar la granada que mató a un soldado estadounidense en Afganistán, después de que la aviación bombardeara sin piedad la casa en la que se encontraba y matase a los tres hombres que le acompañaban. Nadie le vio lanzar la granada, y como le encontraron boca abajo enterrado entre cascotes, la defensa cree probado que no fue él, pero 31 interrogadores le han hecho decir lo contrario. La viuda y los camaradas del soldado muerto piden venganza, como si matar en la guerra fuera privilegio de una de las partes.

En realidad claman justicia, pero de esa que se hace en Guantánamo, «sobre la marcha y a medida», especifica el abogado Barry Coburn, que defiende a Omar.

De la mano de este niño soldado, que se ha mimetizado con los afganos de la prisión en la que se ha hecho hombre, entramos en el Campamento 4, más conocido como el Campamento Delta. Ése al que se trasladan los presos sumisos vestidos de blanco, que a estas alturas son casi todos. «Menos del 2% de los presos se resiste ya a la disciplina», informa con satisfacción el comandante adjunto al coronel Andrew McManus al enseñarnos la prisión.

Si algo ha aprendido EE UU en el laboratorio Guantánamo es que es más fácil someter a los presos jugando con sus privilegios que asomándoles al vacío de la muerte.

EN SU CONTEXTO

10

kilómetros cuadrados ocupa la prisión, separada de Cuba por una valla. Los reclusos están divididos en campamentos, según su comportamiento:

Campamento Rayos X

Son las jaulas a las que llegaron los primeros detenidos en enero de 2002. Hoy está abandonado.

Campamentos 1, 2 y 3

Son celdas alambradas al aire libre que albergan a los presos más indómitos, menos del 2%.

Campamentos 4 y 6

Seguridad baja y media para los presos más dóciles,



les, que hoy suponen el 80%. Tienen aire acondicionado, campos de fútbol y baloncesto, televisión...

Campamento 5

Es uno de los de máxima seguridad. Habitado hoy por «menos de 25 presos».

Campamento 7

Campamento de máxima seguridad para detenidos de «alto valor». Esta ala secreta

acoge, entre sus 15 ó 16 presos, a los acusados del II-S.

Campamento ECHO

22 celdas que alojan a los detenidos durante las consultas con sus abogados.

Campamento Iguana

Están los presos que han recibido luz verde para ser liberados, pero que esperan un país de acogida. En la actualidad hay diez.

LAS CIFRAS

803

presos de 40 nacionalidades han pasado por Guantánamo. 183 de 24 nacionalidades siguen recluidos. El mayor tiene 63 años.

2.150

soldados de las tres ramas militares custodian la prisión. Once por preso.

OTROS DATOS

► **Alimentación.** Dar de comer a los presos cuesta 3 millones de dólares al año.

► **Suicidios.** Más de cien presos han intentado poner fin a su vida en Guantánamo. Sólo cuatro lo lograron.

► **España.** Tras el palestino Walid Hijazi, el Gobierno español aceptará hasta cuatro presos más.

► **Cuba.** El país caribeño le alquiló a EE UU la Bahía de Guantánamo en 1903 como estación de reabastecimiento para su flota y centro minero. Cuando Castro rompió relaciones con sus vecinos en los años 60, les cortó el suministro de agua.



Tarde o temprano la insurrección se agota al saberse abandonado en un pozo sin fondo tras la infranqueable barrera del mar. Más de 2.000 soldados estadounidenses integran la Fuerza Conjunta de todas las ramas militares que custodia la prisión. Once por preso, que los inspeccionan cada treinta segundos.

El coronel McManus asegura que los tiempos en que los reos les lanzaban heces a la cara como último recurso de protesta son historia. Hoy la menor forma de resistencia bastaría para perder el pequeño paraíso de los Campamentos 4 y 6, donde pueden pasar hasta 20 horas diarias en el patio, jugar en un fútbol oxidado y pedalear en dos máquinas de gimnasio. El 80% vive en estos dos pabellones comunales donde «la televisión marca la pauta», sonríe el capitán.

La caja boba que aborrega a las masas también ha doblegado a los presos. Quizás por eso algunos eligen quedarse en las alas sin pantalla. Es una forma de resistencia que divide la sociedad del

▲ Interrogatorio.

Con sólo 15 años y dos heridas de balas recientes, Omar Khadr fue sometido a un duro tercer grado en el que incluso fue utilizado como fregona humana. :: REUTERS



➤ Campamento Delta entre aquellos que se han rendido al poder hipnótico de la televisión y los que la rechazan como última forma de rebeldía.

A través de los cristales de espejo que nos permiten asaltar su intimidad sin ser delatados les vemos brincar con el partido de fútbol que escuchan con cascos inalámbricos. «No les dejamos el mando porque han aprendido a reprogramarlo en cuestión de segundos», precisa uno de los carceleros que se reserva el poder de cambiar de canal.

La selección de canales la decide el Pentágono, como los 13.000 libros, 1.000 revistas y 300 DVD de la biblioteca en 18 idiomas diferentes. No hay noticias, películas de guerra, o de sexo, casi todo resulta infantil. Harry Potter y Agatha Christie compiten en popularidad con la biografía de Obama, que a juicio de la bibliotecaria puertorriqueña Rosario Rodríguez se lleva la palma «porque tiene raíces musulmanas». O quizás porque Obama era la gran esperanza de poner fecha de caducidad a su encarcelamiento.

El boca a boca de los que salen en libertad corre por las celdas. El mes pasado, dos chinos musulmanes de la etnia uigur con destino a Suiza. Días antes, el palestino Walid Hijazi, que ahora vive en España. El Gobierno español aceptará hasta cinco.

La mayoría de los 800 presos de 40 nacionalidades que han pasado por este «centro de detención» indefinida han sido puestos en libertad sin cargos ni disculpas. Sólo tres han sido condenados tras pactar con sus abogados penas menores a las que ya habían

cumplido. Hoy quedan 183 detenidos de 24 nacionalidades, el mayor de 63 años de edad, y todavía se espera que unos 50 sean retenidos para siempre en el pequeño Guantánamo que el gobierno prepara en Illinois.

Clases de árabe y estilo de vida

Obama, prestigioso abogado de Harvard, ha refinado los trucos legales de George W. Bush. Bajo su gobierno, «la prisión preventiva» perpetúa el encarcelamiento de aquellos contra los que no hay suficientes pruebas con las que obtener una condena ni en las comisiones militares. «Ya verán cómo es legal, la convención de Ginebra estipula que se puede retener a los combatientes enemigos hasta el cese de las hostilidades», adelanta David Iglesias, uno de los fiscales despedidos por Bush y que Obama ha recontratado para redimir Guantánamo. Iglesias es también uno de los cuatro abogados militares en los que se inspiró Aaron Sorkin para el papel de Tom Cruise en 'Algunos hombres buenos'. Un perfil cinematográfico con fama de hombre honrado para lavar la cara de una infamia que ninguna sociedad civilizada debería permitir, por mucho que se retuerza la ley.

La campaña de imagen ha obligado a jubilar las jaulas a las que llegaron los primeros presos en enero de 2002. Las serpientes que entonces se colaban por las vallas pastan hoy a sus anchas por la maleza que invade los barracones abandonados donde se llevaban a cabo los interrogatorios.

Andrew Mc Manus
Coronel

«Menos del 2% de los presos se resiste a la disciplina»

Rosario Rodríguez
Bibliotecaria

«Harry Potter y Agatha Christie compiten en popularidad con la biografía de Obama»

El coronel McManus asegura que «eso aquí ya no existe» porque «todos los interrogatorios son voluntarios». No es posible hablar con ningún preso para cotejar sus palabras, motivo por el que las organizaciones de derechos humanos se niegan a legitimar el penal con su visita. Sólo la Cruz Roja lo hace cuatro veces al año y facilita a cada preso tres o cuatro llamadas anuales de sus familiares.

A los medios de comunicación nos enseñan los seis menús étnicos que pueden elegir a diario, rotados cada dos semanas «para que no se aburran», cuenta la cocinera filipina Sam Scott, que dirige la cocina. Encadenados por los tobillos dan clases de inglés, árabe, dibujo y «estilo de vida», una amarga ironía. Rezan cinco veces al día en dirección a la Meca y hacen sudokus sin dejar de ser un número para sus carceleros, que rotan anualmente para despersonalizar la relación.

Su eslogan es «profesionalidad y transparencia», pero el Campamento 7 sigue siendo secreto excepto para unos cuantos miembros del Congreso de los Estados Unidos. «Nadie más lo ha visto», asegura la periodista Carol Rosenberg, que fue la que descubrió su existencia.

La crueldad de Guantánamo se desmantela lentamente, pero no desaparece, se transforma y se exporta a otros calabozos más oscuros e impenetrables donde no se escuchen los gritos. Donde el mundo no se haga preguntas y los periodistas no escuchan falsos espejos de humanidad.



Los carceleros rotan anualmente para evitar lazos afectivos con los presos.

:: BRENNAN LINSLEY/AFP

Bajo la mirada de los censores

Guantánamo no existe, al menos en imágenes. De eso se encargan los censores que cada noche revisan cuidadosamente las cámaras de los periodistas, a los que acompañan en cada paso del día. Cualquier foto panorámica que encuadre un edificio en su contexto está prohibida. De hecho, las fotos de los edificios están prohibidas. Incluso dentro del gigantesco hangar donde la prensa entrevista a los abogados y representantes de derechos humanos, dos soldados se apresuran a

cubrir el fondo de la toma con dos tabloncillos forrados en cuanto se enciende una cámara.

En las tomas no puede salir un nombre, una acreditación, un cerrojo, una cámara de seguridad, una antena, un rostro de un detenido, de un trabajador de la base... La lista sigue a lo largo de cinco páginas, sin contar las reglas de comportamiento, que hay que firmar una por una.

Los censores son implacables. A la menor duda borran la foto. Para las cámaras de televisión la

crueldad es mayor: toda la toma desaparece por un segundo de indiscreción, no hay edición que valga. «Ante la duda, será mejor que no filméis», advierte el jefe de seguridad. Y así empieza la autocensura.

La base ocupa más de cien kilómetros cuadrados, con familias y adolescentes que podrían estar en cualquier parte de Florida, pero la prensa tiene restringidos los movimientos a los apenas cien metros que separan el hangar de las tiendas de campaña en

las que duermen. Las comidas en el comedor militar o alguno de los restaurantes están sujetas a la disponibilidad de un escolta. Pero entre curva y curva alcanzamos a ver el mar del Caribe, algo que nunca han podido contemplar los detenidos de Guantánamo en ocho años. Sus traslados al tribunal militar todavía se hacen con gafas negras de piscina y orejeras. Y a esto se le ha bautizado como 'Campamento de la Justicia', una de las muchas ironías de Guantánamo.